

EL SUICIDANTE DEL MORALEDA (EXTRACTO)

Aldo Astete Cuadra

A medianoche la barcaza recaló en Puerto Aguirre, el pueblo parecía precipitado al mar. Esas pequeñas luces filtradas de las ventanas resplandecían ante la inmensidad oscura de un cielo ausente. Pensó bajar en silencio, pasar desapercibido, pero no fue así. Le maldecían desde lo alto, debiendo agachar la cabeza y caminar rápidamente entre los vehículos de cubierta. A su vez, sentía que los pasajeros que iban abordando lo miraban con rabia, intuyendo que la noticia se había comunicado por radio y que todos estaban enterados y furiosos, al tener que esperar la barcaza en medio de la noche, por culpa de un ebrio enloquecido.

Intentó salir del muelle lo más rápido que pudo, esquivando a las personas que acarreaban sus equipajes, mientras un camión descendió lentamente por la rampla, «seguro todos tendrían donde quedarse —pensó— y nadie le daría a él hospedaje». Elías no conocía el pueblo, una serie de edificaciones verticales sobre un abrupto cerro, en medio de la oscuridad y el silencio. Esta imagen lo llenaba de desaliento.

«La Alejandrina», otra de las barcazas, no pasaría sino hasta el mediodía por lo tanto debía esperar en algún sitio. Las nubes y un viento frío iniciaban su desenfreno, una tormenta estaba próxima.

No debió pensar mucho sobre qué hacer para resguardarse, ya que luego de iniciar su vagabundeo por el pueblo, a unas cuantas casas del muelle, un pequeño letrero en el que se leía bar-restorán Don Fausto le devolvieron el alma al cuerpo.

Ingresó por una gran puerta de madera, tallada con imágenes de naufragios y sirenas. En su interior, lámparas a kerosene emitían una luz danzante, movедiza, que le daba un aspecto mágico al lugar. Sin embargo, no sintió la temperatura agradable que imaginó encontrar al interior de la edificación, y una ráfaga de aire marino le caló los huesos como lo hacen los malos presentimientos.

Aún estaba reponiéndose de su decepción cuando un ladrido bronco lo descolocó, ahogando un grito de espanto. Tres hombres se encontraban en el mesón del bar, quienes al observar la situación no pudieron evitar reírse de manera burlesca. El perro San Bernardo luego del ladrido, retornó a un profundo sueño.

Historia continúa en libro “Chile del Terror III: Mare Monstrum” ...

